

rentes técnicas, constituyendo una pintoresca y profunda a la vez, ¿verdadera?, imagen de la *realidad fabulosa*.

II. América vista

La ciudad

Las calles - rectilíneas
Y tan silvestres - quedan
Acogiendo aquel ansia
De historia con su selva

(Jorge Guillén, *Las soledades interrumpidas*)

Todos los miembros de la generación del 27 que en su obra se refirieron a América coincidieron en describir alguna, definida o no, ciudad americana. La que más versos inspiró fue indudablemente Nueva York, lugar de la llegada y del primer contacto con la nueva realidad para Lorca, Alberti y Cernuda. Este último fue el único de los tres poetas que elogió la ciudad, cantó su belleza, se dejó encantar por su riqueza y le dedicó palabras llenas de entusiasmo:

...la ciudad verdadera estaba dentro, toda tiendas con escaparates brillantes y tentadores, como juguetes en día de reyes o día del santo, empavesadas de banderas bajo un cielo otoñal claro que encendía los colores, alegre con la alegría envidiable de la juventud sin conciencia. Y te adentraste por la ciudad abrupta, maravillosa, como si tendiera hacia ti la mano llena de promesas. (*La llegada*)

Mientras Lorca y Alberti pintaron unas imágenes poéticas muy oscuras de la realidad neoyorquina (la percepción lorquiana parece no haber sido tan definitivamente negativa como la vemos en su poesía, ya que en una carta dijo hasta que Nueva York «es una ciudad de alegría insospechada»), Cernuda dejó de ella un cuadro lleno de admiración, cuyas causas explica en sus memorias: «Viniendo de un país donde la guerra y la postguerra impusieron, y seguían imponiendo todavía al marcharme de allí, penitencia y ascetismo excepcionales, las tiendas de Nueva York, que son quizás uno de sus encantos mayores, me lo hicieron aparecer como país de Jauja». El poeta no temió revelar también otro factor que influyó en su punto de vista y percepción: «...por vez primera en mi vida, mi trabajo iba a pagarse de manera decorosa y suficiente, lo cual, como es natural, acaso ayudaba a mi primera reacción optimista».

La neblina de la que surge la maravillosa Nueva York de Luis Cernuda bien distinta es de la que cubre la tenebrosa y amenazadora metrópoli vista por Rafael Alberti:

Alguien se despertaba pensando que la niebla ponía un especial cuidado en ocultar el crimen. (*New York*)

El amanecer presenciado por Alberti tampoco se parece, pues, al de Cernuda, que iba a estallar, revelando la hermosura de la ciudad. La riqueza, notada por Cernuda en las calles y tiendas lujosas, se centra en la visión de Alberti en la prosperidad industrial de los Estados Unidos, conseguida además, según el mensaje del libro, a costa de otros países americanos. La fuerza expresiva del lenguaje poético llega a su cumbre para hacer esta extraordinaria denuncia del mundo *yanqui* «levantado armado hacia el cielo de otros». A veces, el tono agudo y acusador deja el paso a la ridiculización de los que simbolizan la riqueza norteamericana: los banqueros «alegres y desesperados de Wall Street» a los que el poeta «canta y hace danzar (...) al compás de unas guajiras burlescas, rítmicas y un tanto surrealistas en su lenguaje»¹¹.

En el mismo escenario, en aquella Wall Street igual de «impresionante por frío y por cruel», ubica Lorca su «descomunal y macabra danza de la muerte a que somete este New York moderno y mundano»¹². En el «doloroso planteamiento del amanecer»¹³ se refleja el deseo del poeta de encontrar algo vivo en la destructora civilización mecanizada. Lorca describe aquella ciudad vacía y deshumanizada con un vocabulario animal, observa Richard L. Predmore¹⁴. Busca elementos de vida natural, pero sólo encuentra a un hombre despersonalizado, vuelto de espaldas a la naturaleza, e indiferente, pasivo...

...ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río, ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.
(*Oda a Walt Whitman*)

Su representación poética de la ciudad es sumamente individualizada; él mismo dice que sus versos son, a la vez, «interpretación personal y abstracción impersonal, sin lugar ni tiempo en aquella ciudad mundo. Un símbolo patético: sufrimiento», es decir, paralelismo entre la desgracia de los que habitan la ciudad y la angustia del poeta. La imagen lorquiana de la ciudad remite más al mundo interior del poeta que al universo real de la urbe. La visión está compuesta de una multitud exuberante de ideas e impresiones de las que sólo quisiera destacar un par de ellas para establecer puntos de comparación con otros poetas de la generación. A las que ya he mencionado se junta la reflexión más presente en las páginas del *Poeta en Nueva York*, compartida en su tiempo por Jorge Guillén y Pedro Salinas, y que quizá fue la impresión más fuerte que se llevó Lorca de la agobiante metrópoli: «En ninguna parte del mundo», recordó en una en-

¹¹ *Aurora de Albornoz*: op. cit., pág. 20.

¹² *Francisco Javier Díez de Revenga*: *Dos poetas, dos ciudades* (Lorca-Alberti: Nueva York-Roma), [*Murcia: Estudios Literarios dedicados al prof. Mariano Baquero*, 1974], pág. 64.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Richard L. Predmore*: *Los poemas neoyorquinos de Federico García Lorca*, [*Madrid: Taurus*, 1985], pág. 78.

trevista «se siente como allí la ausencia total del espíritu; desprecio de la ciencia pura y valor demoníaco del presente. Espectáculo de suicidas, de gentes histéricas y grupos desmayados. Espectáculo terrible, pero sin grandeza».

Espectáculo en el que predomina la muerte, éste es el motivo central de casi todos los poemas de Lorca, Alberti, Guillén y Salinas dedicados a la ciudad norteamericana: la muerte de la naturaleza, la muerte del espíritu, la muerte asociada con el crimen, fenómeno corriente en esa sociedad deshumanizada. Jorge Guillén, indignado por la cantidad y crueldad de crímenes que se cometen todos los días en los Estados Unidos dedica a uno de ellos el poema en prosa «Los atracadores» (*Clamor, Maremágnum*), coincidiendo con la visión de Lorca quien reproduce «dos voces de madrugada en Riverside Drive»:

¿Cómo fue?
—Una grieta en la mejilla.
¡Eso es todo!
(*Asesinato*)

Muerte casual pero siempre presente, acechadora en el ambiente desolador de la metrópoli, causa de pánico para «un hombre que corre, corre, corre...» perseguido como en una película de violencia en «Lo que pasa en la calle» (*Clamor, A la altura de las circunstancias*) de Jorge Guillén, se convierte en una constante amenaza para quien tiene que cruzar la calle en un excelente poema largo de Pedro Salinas: «Hombre en la orilla» (*Todo más claro y otros poemas*).

Recurriendo, al igual que Lorca, al léxico relacionado con la naturaleza, y simbolizando la calle y su acera por un río y su orilla, describe Pedro Salinas la tragedia de un hombre acechado, disminuido a la dimensión de hormiga, y perdido en la muchedumbre metropolitana. Contrariamente a la multitud repentina de imágenes y asociaciones de gran peso emocional y mucho contenido humano, en la que se basa el *Poeta en Nueva York* y que podría aplicarse también como característica de los poemas americanos de Alberti y Guillén, Salinas no se dispersa temáticamente, enfoca su visión con una tensión lenta y paulatina (sin que por eso pierda la fuerza expresiva), deja al margen o en el fondo toda una serie de elementos que no sirven más que para completar la imagen, y se centra en un solo motivo: el drama de un hombre. Por lo tanto, una de las sensaciones predominantes que provoca la lectura de este poema es la de la estrechez, opuesta a la de la anchura e inmensidad de espacio que encontramos en los versos de Jorge Guillén, por ejemplo:

Edificios resueltos
A ser la más desnuda geometría del mundo,
Y con un solo adorno. Mirad bien: el espacio.
(*Aire en torno*)

La acechadora presencia, en el poema de Salinas, de «ruedas, prisas, prisas, ruedas» y tantos más elementos que rodean y aplastan al hombre, contrasta también con la noción de la ausencia y del vacío, fundamental en el *Poeta en Nueva York*. Para Lorca, observa Richard L. Predmore, «la ciudad no se caracteriza simplemente por la ausencia de gran parte de la naturaleza y de otras muchas cosas amenas o valiosas, sino que se siente esa ausencia como la presencia desoladora del vacío, de muchos vacíos. Pese a sus pululantes multitudes, se percibe la ciudad como llena de huecos. (...) Lorca usa la palabra *hueco* dieciséis veces en toda su obra literaria, de las cuales quince pertenecen a los poemas neoyorquinos»¹⁵. El vacío sería, pues, parte esencial de su visión de la ciudad norteamericana, común además en los cuatro poetas aquí mencionados que dan una imagen de la urbe como «arquitectura extrahumana y ritmo furioso, geometría y angustia».

Son muy pocas, en la generación del 27, las imágenes favorables a la vida urbana en los Estados Unidos. Entre ellas hay que destacar unos cuantos poemas de Jorge Guillén, donde la sociedad deja de ser una fuerza destructora de sentimientos y relaciones humanos y se convierte en una muchedumbre alegre, reconfortante para el individuo:

Mucha gente busca más gente,
 Más simpatía, más bullicio
 Multiplicando los enlaces
 De comunidad en el ruido.
 (Fin y principio)

Otro poeta que no siempre se ha sentido solo y amenazado en las ciudades norteamericanas es Luis Cernuda, conocido ya por sus retratos neoyorquinos llenos de admiración y entusiasmo. A pesar de que a veces resuena en sus poemas un clima fúnebre e inhóspito de la ciudad (como en el recuerdo poético de San Francisco: «El parque»), en general la etapa californiana de su vida y su reflejo en la poesía confirman la visión anterior, lejana del agudo criticismo de los demás poetas. Los Ángeles (en «Pregón tácito») aparece hermosa, llena de vida y alegría, hospitalaria por su clima y ambiente, y está retratada con cariño, al igual que más tarde la Ciudad de México.

En *Variaciones sobre tema mexicano* encontramos varias descripciones de calles, rincones, canales, plazas y parques que llegan a constituir una gran imagen de la ciudad mexicana, de su pasado, de sus gentes y costumbres. Una imagen completa y tan lograda que hasta reproduce la sensación de la vida que late en aquella gran urbe. Fijándose en elementos humanos de México que nunca destacó en Nueva York o Los Ángeles, y describiendo la ciudad *desde dentro* mientras aquéllas las observaba siempre *desde fue-*

¹⁵ *Ibidem.*